

Introducción

Las nutridas manifestaciones ciudadanas de diciembre de 2011 en Moscú y otras ciudades rusas, como protesta contra el triunfo presuntamente fraudulento del partido gubernamental Rusia Unida en las elecciones parlamentarias, pueden ser interpretadas como un primer síntoma claro de que algo se mueve en Rusia. Han pasado veinte años de la desaparición de la Unión Soviética y muchas de las incógnitas que se planteaban entonces siguen vigentes hoy. A finales de 1988, CIDOB organizó un seminario con el título “La perestroika, ¿adónde va la Unión Soviética?”, con el objetivo de analizar las perspectivas de cambio y los interrogantes que se abrían. De la misma manera, este número monográfico de la *Revista CIDOB d'afers internacionals*, que cuenta con los análisis de reconocidos especialistas en la materia, aspira a ofrecer respuestas a algunas de las principales incógnitas que plantea la Federación Rusa hoy: ¿Cuándo y cómo se establecerá un sistema plenamente democrático? ¿Cuál es o debería ser el modelo de desarrollo económico? ¿Se modernizará la economía rusa? ¿Qué papel desempeñan la sociedad civil y los medios de comunicación? ¿Cómo se articularán las relaciones interétnicas? ¿Qué papel jugarán los movimientos y sentimientos nacionalistas? ¿Cómo se articularán las relaciones centro/periferia en la Federación Rusa? ¿Cuál será el papel de Rusia en el mundo globalizado del siglo XXI?

A diferencia de la Unión Soviética, Rusia no es una superpotencia de alcance global, sino una potencia regional. Es, sin embargo, uno de los actores clave en la estructuración del orden multipolar que se está fraguando en la escena internacional. Rusia sigue siendo uno de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y disfruta, por ello, del derecho de veto. Además, es una de las cinco potencias nucleares reconocidas por el Tratado de No Proliferación. Rusia conserva el segundo arsenal atómico del mundo y dispone de una amplia panoplia de vectores de lanzamiento de largo alcance. Ello no compensa las dificultades que afronta Moscú en su entorno regional por el declinar de sus fuerzas convencionales, pero convierte a Rusia, junto a Estados Unidos y China, en un actor decisivo en los asuntos geoestratégicos globales. Además, Rusia es, junto con Estados Unidos, uno de los grandes actores del mercado internacional de armamento. A pesar de sus limitaciones, Rusia es aún la potencia dominante en el espacio euroasiático y su papel será determinante en el rumbo que pueden tomar conflictos armados abiertos como los de Siria o Afganistán u otros latentes, como los de Irán o Corea del Norte.

La revolución rusa de 1917 marcó el siglo XX desde muchos puntos de vista. La ideología marxista-leninista y el modelo soviético se difundieron a lo largo y ancho del planeta hasta los lugares más recónditos. En contraste, la Rusia de hoy tiene una limitada influencia ideológica y cultural más allá del espacio ex soviético. Esta escasa capacidad de atracción, la carencia de poder blando, es precisamente una de las mayores debilidades de la acción exterior

rusa. Por otro lado, la Federación Rusa es, por extensión, el mayor país del mundo. Sus más de 17 millones de kilómetros cuadrados la convierten en un auténtico país-continente, con más de 20.000 kilómetros de territorio fronterizo con catorce países que van de Japón a Polonia, de Este a Oeste. Su inmenso territorio y subsuelo son ricos en todo tipo de materias primas. Rusia es el primer productor mundial de petróleo y segundo exportador, sólo por detrás de Arabia Saudí. Además, Rusia dispone de las mayores reservas de gas natural y es el primer productor y exportador mundial. Esto la sitúa como actor destacado en el mercado energético global y clave para la Unión Europea, para quien Rusia es el principal suministrador de gas natural. Precisamente, el alto precio de los hidrocarburos ha sido la base del crecimiento ruso de esta última década. Sin embargo, la excesiva dependencia de la exportación de hidrocarburos y otras materias primas del país genera dudas con respecto a la idoneidad de considerar a Rusia al mismo nivel que a dinámicas potencias emergentes o emergidas como China, India o Brasil. Es decir, si Rusia es igual de relevante en la economía global que el resto de BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica).

Todo ello hace de Rusia, con sus fortalezas y debilidades, un actor ineludible en las relaciones internacionales del siglo XXI. Carmen Claudín, directora de investigación de CIDOB, abre este número con un análisis pormenorizado y profundo de la evolución interna del sistema político ruso desde la presidencia de Yeltsin hasta la ambigua situación actual. En su artículo, Claudín pone el énfasis en los retrocesos y dificultades para una verdadera democratización de Rusia y arroja luz sobre las muestras de malestar con el modelo Putin de un amplio espectro político, que va más allá de las manifestaciones de diciembre de 2011. Por su parte, el profesor Andrey Makarychev, de la Academia de Administración Pública de Nizhny Novgorod e investigador visitante en el Instituto de Estudios de Europa del Este en la Universidad Libre de Berlín, reflexiona sobre los aspectos conceptuales y el papel que juegan las identidades en la política exterior rusa. Makarychev argumenta que, bajo una formulación pretendidamente realista, en la discursiva rusa se ocultan una serie de imaginarios políticos muchos más complicados y heterogéneos, que invitan a cuestionar su incardinación en la tradición neorrealista. En su artículo, Antonio Sánchez Andrés, profesor de Economía Aplicada en la Universidad de Valencia, aborda la situación de la economía rusa durante la presidencia de Dmitri Medvédev, que coincide con la gran crisis internacional aún vigente. Sánchez analiza las reformas implementadas, al tiempo que expone los problemas estructurales a los que se debe hacer frente con vistas a conseguir un crecimiento sostenido y, en definitiva, una modernización de la economía rusa, sobre la que el autor expresa dudas por la voluntad política para llevarla adelante. Marlène Laruelle, profesora de investigación en el Instituto de Estudios Europeos, Rusos y de Eurasia (IERES) de la Universidad George Washington, se centra en el papel del nacionalismo en el proceso de construcción estatal en Rusia y en la generación de un consenso social en torno al tema del patriotismo. Laruelle enfatiza el carácter polifacético del fenómeno nacionalista y, pese a su centralidad en el proceso político, su impacto ambivalente en la Rusia actual. Sam Greene, director del Center for the Study of

New Media and Society de la New Economic School de Moscú, aborda el resurgimiento de la sociedad civil en el contexto actual. Para comprender este fenómeno y el declive de la sociedad civil con la desaparición de la Unión Soviética, Greene pone de manifiesto la necesidad de superar una narrativa dependiente de un vocabulario normativo y conceptos analíticos estáticos, y propone la utilización de conceptualizaciones sobre las interacciones, en las que los ciudadanos y el Estado son vistos como mutuamente constituyentes a través de una serie de imbricaciones sociales y políticas complejas. Miguel Vázquez Liñán, por su parte, profesor de Periodismo en la Universidad de Sevilla y coordinador del Observatorio Eurasia, evalúa el sistema de medios de comunicación que existe actualmente en Rusia. Vázquez analiza la intervención de la elite gobernante en el sector, incluyendo el contexto legislativo, la concentración mediática y las pautas de consumo, así como las narrativas y contenidos. Según el autor, puede afirmarse que esta estructura mediática ha sido diseñada para contribuir a mantener en el poder a la élite dirigente. Por último, Francesc Serra, profesor de Relaciones Internacionales de la Universitat Autònoma de Barcelona, analiza el conflicto de Chechenia y su impacto en las dinámicas políticas en Rusia. Serra ofrece una panorámica global del conflicto que pone de manifiesto la complejidad y lo intrincado de las cuestiones chechenas, una problemática, según el autor, mal resuelta y, en consecuencia, pendiente.

En estos veinte años, Rusia ha atravesado dos períodos nítidamente diferenciados y dominados cada uno de ellos por las figuras presidenciales de Borís Yeltsin y Vladímir Putin, respectivamente. Durante los años noventa, la sociedad rusa se estremeció ante el colapso de la economía y el deterioro de las condiciones de vida. Asimismo, la inestabilidad política e institucional hizo crecer el temor al estallido de algún conflicto armado o de la propia desintegración territorial de la Federación Rusa. Estas incertidumbres y el consiguiente miedo al vacío que acompañaron a los noventa fueron clave en la generación del llamado “consenso Putin”, que ha marcado la política rusa de la última década y se ha asentado sobre la estabilidad política, el orden social, el crecimiento económico, así como la revitalización del papel internacional de Rusia. Sin embargo, las protestas de diciembre de 2011 pueden ser una señal importante del agotamiento de la fórmula Putin y el hastío de la población ante una corrupción endémica e irritante en su quehacer cotidiano y que está popularmente asociada con el partido del poder, Rusia Unida.

Barcelona, Diciembre de 2011

Carmen Claudín, Investigadora Senior. Directora de Investigación, CIDOB
Nicolás de Pedro, Investigador, CIDOB

